

Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

EX-VOTO CON ESCENA DE SACRIFICIO.

BLANCO FREIJEIRO, António

Ano: 1957 | Número: 67

Como citar este documento:

BLANCO FREIJEIRO, António, Ex-voto con escena de sacrificio. *Revista de Guimarães*, 67 (3-4) Jul.-Dez. 1957, p. 499-516.

Casa de Sarmento
Centro de Estudos do Património
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51
4800-432 Guimarães

E-mail: geral@csarmento.uminho.pt

URL: www.csarmento.uminho.pt



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Exvoto con escena de sacrificio

PELO DR. ANTÓNIO BLANCO FREIJEIRO
Conservador do Museu do Prado (Madrid).

Uno de los más interesantes broncees antiguos de la Península es un exvoto conservado en el Instituto de Valencia de Don Juan. Fué dado a conocer por Obermaier cuando se encontraba en poder del Dr. Mateos Aguirre y se pensaba que procedía de las provincias de Jaén o de Murcia, aunque «sin ninguna indicación detallada del sitio en que se halló». Con el tiempo se ha impuesto la creencia de García y Bellido, justificada por varias razones, de que este objeto tan peculiar procedía del centro o del oeste de la Península, o sea de la llamada área céltica de la misma, donde encaja plenamente tanto por su carácter como por su tipo (1).

(1) Obermaier «Bronce ibérico representando un sacrificio», en *Boletín Soc. Esp. Excursiones*, XXIX (1921) 130 ss.; García y Bellido, *La Dama de Elche*, 198, 202: Idem, en *Ars Hispaniae* I, 334; Cardozo, en *AEArq.* XIX (1946) 19 s.; Maluquer, en *Hist. Esp.* Espasa-Calpe I, 3 p. 156. García y Bellido ha observado dos puntos fundamentales para enjuiciar rectamente este bronce: su origen probable lusitano y su significación de puñal votivo. Al hablar con él de los paralelos que aquí aducimos, el Prof. García y Bellido tuvo la amabilidad de darnos un trabajo suyo escrito hace tiempo, pero inédito, titulado «Bronces lusitanos con escenas de sacrificio», en el que se reconoce ya el parentesco con los cuchillos que ahora publicamos y se reúnen otros muchos datos sobre la religión de los pueblos del Noroeste. Obermaier debió de tener conocimiento del bronce de Castelo de Moreira cuando ya su artículo estaba en prensa y era, por tanto, demasiado tarde para rehacer el estudio. De lo contrario, no se hubiera conformado con la referencia a Leite de Vasconcelos ni hubiera dejado de consultar el trabajo fundamental y bien ilustrado de Ricardo Severo (cf. nota 4 de p. 505). El interés de este gran prehistoriador se cifraba sobre todo en las especies de los animales representados y en este sentido su trabajo es de un admirable rigor.

El bronce en cuestión (lam. I, II y III) es una espátula de 16,4 cm. de longitud, con una cabeza de toro en un extremo y una serie de figuritas en una de sus caras. Obermaier hizo una minuciosa descripción de todas ellas y en general de las características de este exvoto que él calificaba de ibérico. En el extremo opuesto al ocupado por la cabecita de toro hay un anillo de suspensión; del cual parte un cable que rodea todo el borde de la espátula y forma parte integral de ella, salvo en dos tramos exentos, sujetos a un resalte lateral por uno de sus cabos; «estos dos pedazos—dice Obermaier—son evidentemente posteriores a la fundición del ejemplar, al que después fueron unidos y soldados».

Los rasgos más salientes de la cabeza de toro son sus cuernos cortos, ligeramente encorvados; el vello rizado que recubre la frente del animal; las orejas extendidas lateralmente (una de ellas muy desgastada por frotamiento y aquí desprovista de pátina); los ojos representados por eminencias globulares; el hocico largo y estrecho, con dos profundas fosas nasales y la boca entreabierta, con la lengua fuera.

La serie de figuritas alineadas sobre una de las caras de la espátula fueron fundidas con ella en una pieza y representan sin duda un sacrificio de varios animales y de sus crías. A partir de la cabeza de toro, ya descrita, encontramos primero un caldero grande, provisto de cuatro asas y probablemente de un pié troncocónico. Un hombre, que lleva un torques al cuello, apoya su brazo izquierdo en este recipiente y la derecha en un carnero. Delante de él hay en el suelo un objeto ultrasemicircular terminado en botones dobles y semejante a un torques. El carnero tiene largos cuernos helicoidales y una cola larga, que no permite dudar de su especie. A la derecha de este animal se encuentra otro hombre, también con torques al cuello, que lleva un cuchillo largo y puntiagudo en la mano derecha y apoya su mano izquierda en el cuello del carnero, hacia el cual dirige la punta del cuchillo. A su espalda vemos un animal pequeño, probablemente un cordero, y a su derecha un cérdo de orejas levantadas

y largos colmillos, seguido de un lechón. Inmediatamente se encuentra otro hombre, sin torques, con la mano izquierda puesta en el lomo del cerdo y la derecha en una cabra, seguida también por un animal pequeño, probablemente una cría. Más adelante quedan restos de dos figuras — los pies de un hombre y los de un gallo. El hombre llevaba atado de una cuerda un oseño, que por su inclinación parece resistirse, y que se encuentra al final de la espátula, cerca de la punta.

Para resolver los muchos problemas suscitados por este bronce debemos, en primer término, estudiar sus propios caracteres internos y después compararlo con objetos de la misma o parecida naturaleza e incluso con objetos de otra índole, pero que por algún rasgo semejante cabe relacionar con los suyos.

Los caracteres del bronce nos aclaran algunos extremos total o parcialmente. Se trata con toda evidencia de un exvoto que recuerda o simboliza un sacrificio de animales de distintas especies. Este exvoto se sujetaba por la anilla de que está provisto en uno de sus extremos y que muestra cierto desgaste. La oreja izquierda de la cabecita de toro tiene un extremo desprovisto de pátina, lo que nos hace sospechar que sus halladores lo frotaron por aquí para reconocer el metal, pero además de esto parece haber estado sometida antaño a un ligero rozamiento. No sabemos, en cambio, cómo y a qué se sujetaba este bronce y tampoco estamos seguros de qué representa la espátula que sirve de base a las figuras que integran la escena del sacrificio. Obermaier pensó en un hacha, al tratar del saliente sujeto por cuerdas que la espátula presenta en uno de sus lados, pero advirtiéndole que las hachas no se atan cerca del filo, abandonó la idea. También rechazó, apenas sugerida, la posibilidad de que se tratase de una piel de toro. Ya a priori cabría pensar en un cuchillo en el cual la cabeza del toro fuese el extremo del mango, y el resalte plano lateral el tope de la empuñadura. Los paralelos que luego examinaremos favorecen este supuesto. Y aunque en principio la trenza que recorre el borde no se ajusta a tal interpretación, sorprende menos cuando

nos damos cuenta de la extensa aplicación que de tal motivo se hace en la decoración castreña y celtibérica, de modo que es hasta cierto punto natural encontrarla aquí en un objeto sin finalidad práctica e incluso ver que en el exvoto de Castelo de Moreira, del que más adelante nos ocuparemos, acaba por reemplazar enteramente a la hoja del cuchillo.

El caldero que se encuentra después de la cabecita de toro debiera aclararnos muchas cosas, pues está tratado con un detalle que el artista no consideró necesario aplicar a las figuritas de los sacrificantes. Evidentemente desempeña un papel esencial en el acto del sacrificio, aunque no seamos capaces de precisar en qué consistía. Obermaier supuso que en él se recogían las entrañas de los animales sacrificados y dada la importancia que la observación del hígado y de los intestinos tenía en la mánica ejercitada por estos pueblos, no sería extraño que tal fuera su finalidad. También es posible que en ella se llevara el líquido para la *lustratio* o que se recogiese la sangre de los animales. En el sarcófago de Hagia Triada se ve cómo la sangre del toro inmolado chorrea en uno de estos recipientes; en la sítula de La Certosa los sacerdotes llevan tres cubos detrás del toro y del cordero que van a ser sacrificados (1); también en el fragmento de la diadema de Ribadeo conservado en el Museo Arqueológico Nacional, los jinetes van precedidos por hombres que llevan un caldero en cada mano (2).

Pero no menos interesante que su función es el tipo del recipiente. En su borde hay cuatro juegos de argolla y aro (incompletos dos de ellos) que parecen indicar que el caldero poseía dos asas giratorias que también se han perdido. Si este supuesto pudiera comprobarse, el caldero sería una sítula como las de la diadema de Ribadeo, pues el sistema de suspensión que presumimos es el de la sítula

(1) Daremberg-Saglio, s. v. «sítula» 1359 s.; R-E s. v. «situlus» 416; las mejores ilustraciones de la sítula de La Certosa, en Randall Mac-Iver, *The Iron Age in Italy*, portada y lám. 10, frente a pág. 50.

(2) García y Bellido, *La Dama de Elche*, 197 s.

itálica y centroeuropea (1). Por debajo del borde corre una faja gallonada. Más abajo, la panza del recipiente está dividida verticalmente en siete sectores, como gajos, por siete hileras de salientes semiesféricos que convergen alrededor del pié. El pié es troncocónico, como el de los calderos de la diadema

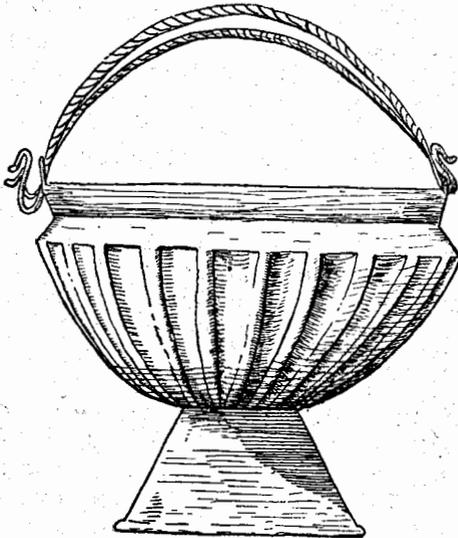


Fig. 1 — Situla de Le Bucacce, Bisenzio. Florencia. Museo Arqueológico.

de Ribadeo. Estos rasgos indican de un modo bastante claro que el vaso pertenece a una familia muy extendida por Centroeuropa e Italia a partir de la época de los campos de urnas recientes o Hallstatt B, mientras que los pies troncocónicos parecen señalar una relación muy estrecha con un grupo itálico, del que reproducimos aquí (fig. 1) el ejemplar de Le Bucacce (2). Hay que suponer, no obstante, para salvar la gran diferencia cronológica, que los tipos hallstätticos tuvieron en la

(1) M. F. Giuliani Pomes en *StEtr.* XXIII (1954) 54.

(2) *MonAnt* XXI, 416; Aoberg, *Bronzezeitliche und früheisenzeitliche Chronologie*, I, 93 fig. 273. Véase también un cuenco gallonado de Biernacice: G. von Merhart, en *Festschrift des R-G Zentralmuseums Mainz*, II (1952) 42, fig. 4, 1. En general, sobre el grupo de situlas bicónicas: Giuliani Pomes, op. cit. 188 ss. Von Merhart ha probado la gran contribución de Centroeuropa a la formación de la espléndida manufactura itálica de objetos de bronce. Además del tra-

Península, como toda la cultura, una larga vida, pues los vasos celtibéricos de pié cónico, de los que por el momento sólo se conocen ejemplares cerámicos, llegan con toda seguridad a la segunda Edad del Hierro ⁽¹⁾. Aunque faltan los ejemplares bronceos de este tipo, hay otros de la misma familia, como por ejemplo la sítula de Valadouro (Mondañedo, Lugo), dada a conocer hace años por Villaamil y Castro ⁽²⁾, que contribuyen a hacer más verosímil la hipótesis de que tanto en este bronce como en la diadema de Ribadeo se representan calderos de origen hallstático.

A los pies del hombre que apoya su mano izquierda en este caldero se ve un objeto en forma de torques de grandes proporciones. Lo más natural sería que mientras ignoremos qué representa, lo explicáramos como un torque que simbolizaba a la deidad a quien el sacrificio se ofrecía. Tal vez Obermaier ni siquiera apuntó esta posibilidad por su convencimiento de que el exvoto era ibérico, es decir, del mismo linaje que los muchos bronceos de los santuarios andaluces. El hecho de que tanto en los petroglifos de Val Camonica como en el caldero de Gundestrup aparezca el torque en manos de un dios que lo muestra como símbolo suyo, no nos autoriza a suponer que en la Península haya existido una reverencia similar hacia ese objeto, aunque sí a contar con la posibilidad de ello ⁽³⁾. Sin reconocer, pues, esta

bajo citado es interesante ver cómo ha invertido definitivamente la dirección de lo que antes se consideraba dogma — la dependencia de Centroeuropa respecto a Italia — en su estudio fundamental: «Donauländische Beziehungen der früheisenzeitlichen Kulturen Mittelitaliens», en *Bonner Jahrbücher* 147 (1942) 1-90.

(1) Martínez Santa-Olalla, en *Bol. Alcaldes de Faria*, I, nota en págs. 26-27, ha comparado ya los calderos de la diadema de Ribadeo con estos vasos cerámicos.

(2) Villaamil y Castro, en *BCM Orense*, III (1906-09) 103, lám. VIII; Paris, *Essai* 239, fig. 378.

(3) El petroglifo de Val Camonica: Altheim, en *Die Welt als Geschichte* 3 (1937) fig. 3; Jacobsthal, en *JRS* 28 (1938) lám. 10, 3; Idem, *Early Celtic Art* lám. 217, a. Cernunnus lleva aquí un torque alrededor del codo derecho y posiblemente otro en el izquierdo. Sobre torques en los brazos: Goessler, *Der Silberring von Trichtingen*, 28. El caldero de

vía de interpretación, Obermaier supuso que era un instrumento para el sacrificio, tal vez un cuchillo curvo para decapitar a las bestias. Cuchillos algo semejantes, y con sus dos mangos terminados en perillas como las de los torques, se encuentra a veces, aunque se ignora su aplicación (1). Tampoco iría descaminado quien supusiera que éste era un instrumento utilizado en los augurios, algo así como el *lituus* de los agoreros etruscos y romanos (2). De cualquier modo es evidente que este objeto semicircular desempeñaba un gran papel, real o simbólico, en los sacrificios de los pueblos lusitanos y galaicos, pues donde sabemos o sospechamos que se representa un sacrificio aparece algo similar: en el exvoto de Castelo de Moreira, como aquí, a los pies del sacrificador; en la diadema de Ribadeo, tal vez en manos de algunos jinetes (3).

El paralelo más cercano y a la vez el indicio más seguro para suponer que el exvoto del Instituto de Valencia de Don Juan procede del área céltica de la Península, es el ya aludido exvoto de Castelo de Moreira (Celorico de Basto), en la región portuguesa del Bajo Miño (4). Su tamaño es bastante

Gundestrup: Drexel, en *Jdl* XXX (1915) 1 ss. La placa con la representación de Cernunnus en cuclillas y con un torques en la mano derecha está reproducida en una excelente fotografía por W. A. von Jenny, *Keltische Metallarbeiten*, lám. 24. En general sobre Cernunnus y sus representaciones con torques: Lantier, en *Mon Piot* 34 (1934) 35 ss. Obsérvese, por ejemplo, el dios de Latigni, que además del torques en el cuello, lleva otro en el pecho, como insignia: Lantier, pág. 42, fig. 3.

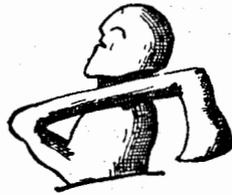
(1) Reinach, *Catalogue Illustré St.-Germain*, I, 282 ss., donde se supone que estos cuchillos servían para limpiar cueros. Dechelette, *Manuel* IV, 877, fig. 605. El «petit util tranchant muni de deux poignées» puede alcanzar considerables dimensiones, como en el ejemplar de Alise (Cote-d'Or): Reinach op. cit. 287, n.º 50815.

(2) Daremberg-Saglio, s. v. «lituus».

(3) Próximamente publicaremos en *CEG* macrofotografías que ilustran esta particularidad.

(4) R. Severo, en *Portugalia* I, 325-331; Leite de Vasconcelos, *Rel. Lus.* II, 289 ss.; Cuevillas-Bouza Brey, *Os Oestrinios, os Saefes e a Ofiolatria en Galiza*, 133 ss.; J. de Pinho, en *Trabalhos da Soc. Port. Antrop. Etnol.* V, 1 (1931) 37 ss.; Cardozo en *AEArq* XIX (1946) 49 s.

menor que el del otro bronce, pero por lo demás, tanto su composición como su estilo guardan un parecido tan extraordinario, que no cabe dudar de la proximidad de sus procedencias. La base del exvoto (lam. IV) es en este caso un haz de cordones



1



2



3

Fig. 2 — *Detalles del exvoto de Castelo de Moreira*

la mano izquierda hacia el objeto que se encuentra a sus pies. Que sepamos, nunca se ha dudado de que este objeto represente una culebra y además una culebra incompleta. Lo cierto es que se trata de un arco con un extremo roto y una perilla en

con una cabeza de toro en un extremo y una anilla ancha en el otro. Esta anilla presenta unas incisiones que recuerdan a los dedos de una mano cerrada, relacionada por Pinho con amuletos fálicos. Encima de los cordones se encuentra una teoría de cuatro animales: un carnero, un macho cabrío o bode, una cabra y un cerdo. Si tenemos en cuenta el índice utilizado por Obermaier para distinguir en estas menudas representaciones las cabras de las ovejas, incluso el primer animal sería un cáprido, pues tiene el rabo corto, a diferencia de lo que ocurre en el bronce del Valencia de Don Juan; pero la verdad es que los cuernos parecen de carnero. A la derecha de estos animales y sobre el lado de la trenza que forma ángulo recto con el de ellos, se encuentra un busto de hombre, algo más corto que algunos de los representados en el carrito de Costa Figueira (1). El hombre tiene un hacha apoyada en el hombro derecho (Fig. 2, n.º 1) y dirige

(1) Cardozo, op. cit., detalle en fig. 12.

el otro (Fig. 2, n.º 2). La culebra es el fruto de una interpretación que debemos poner a prueba. La descripción de quienes examinaron directamente el objeto no señala en la cabeza ningún rasgo como boca u ojos. Ricardo Severo, que no dudó un momento en interpretarlo como un reptil, nos dice que esta culebra está «collocada na posição enrolada de descanso, submissa aos pés do sacrificador... o homem domina-a ou afaga-a com o braço direito sem repulsão ou terror». En vista de esto, nos parece más lógica la hipótesis de que el sacrificador dirige la mano hacia el objeto en forma de torques que en el exvoto del Valencia de Don Juan se encuentra a los pies del primer personaje.

Pero no termina aquí la semejanza entre los dos bronces: a la izquierda del sacrificador del de Castelo de Moreira hay en el suelo un recipiente con cuatro asas (Fig. 2, n.º 3) ⁽¹⁾ dispuestas en modo análogo a las del caldero que ya hemos descrito, aunque la forma del vaso es distinta, más parecida a la de las sífulas del grupo B 2b de von Merhart ⁽²⁾, pero siempre dentro del círculo de los vasos de bronce hallstáticos.

Tenemos aquí, por tanto, dos objetos únicos, íntimamente relacionados entre sí y resultado claro de la intención de conmemorar un sacrificio de animales. Para proseguir en su estudio podríamos entrar en comparaciones que nos llevarían desde lo más próximo — el carrito de Costa Figueira, en el que la forma de la caja tanto recuerda a los morillos o *chenets* itálicos y célticos, y que además apareció con un asador ⁽³⁾ — hasta los remotos bronces de Cerdeña, animados

(1) L. de Vasconcellos op. cit. 291: «O vaso que está ao lado do homem tem no bordo uma argola inteira, e metade de outra situada no lado oposto; nos outros lados vêem-se duas saliências, que parece serem vestígios de mais duas argolas; de modo que o vaso teria quatro opostas entre si».

(2) Von Merhart, op. cit., lám. 4.

(3) Cardozo, op. cit., fig. 5; Déchelette, *Manuel III*, 285 ss.; IV, 1399 ss., fig. 624.

por propósitos gemelos (1). Vamos, sin embargo, a prescindir de todo ello para trasladarnos sólo a aquellos objetos que nos parecen más inmediatos.

Son éstos dos mangos de bronce de cuchillos usados verosimilmente en sacrificios reales y que presentan la particularidad de estar rematados también por cabecitas de toro. Los dos, virtualmente inéditos hasta ahora, se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

El primero (lam. V n.º 1) procede de Palencia y fué adquirido por el Museo a la colección Vives, en cuyo album se encuentra dibujado con la indicación de su procedencia (2). En su interior hay un vástago de hierro roto en fragmentos y recubierto por la pieza broncea, fragmentada también. En el extremo de esta pieza se encuentra una cabeza de toro y en el otro se advierte el arranque de una prolongación lateral que seguramente servía de tope a la hoja de hierro, hoy perdida. En total, el mango mide 14 cm. de longitud.

La cabecita de toro está también incompleta en la parte correspondiente al morro. La distancia entre las puntas de las astas es de 6 cm. y desde la frente

(1) La afición sarda a decorar objetos rituales con figuritas plásticas favoreció la abundancia de bronceos que podrían considerarse relacionados con sus equivalentes occidentales. Las famosas barcas solares existían ya por lo menos a mediados del siglo VII a. C., pues algunas se han encontrado en la Tomba del Duce, en Vetulonia, y en otros yacimientos etruscos coetáneos. Los bronceos votivos dejan de producirse en Cerdeña a mediados del siglo III a. C., substituidos por ejemplares de arte helenístico-romano importado. Sobre origen, cronología y relaciones de estos bronceos, cf. G. Lilliu, en *Bulletino di Palehnologia Italiana* V-VI (1941-42) 179 ss. y G. v. Kaschnitz-Weinberg en *HdA* II, 1 pág. 330. De especial interés para nuestro tema son las figuritas de toro ensartadas en la punta de una espada (Altheim, *Römische Religionsgeschichte* I, 33 con bibl. y Chr. Zervos, *La civilisation de la Sardaigne* 318 s. fig. 401), que si bien no guardan relación directa con nuestros exvotos, son eslabones de una misma cadena, que llega desde el próximo Oriente hasta las costas atlánticas de Europa.

(2) Agradecemos a nuestro buen amigo el Dr. Fernández de Avilés la fotografía publicada aquí y los datos de procedencia, tomados del álbum de Vives, tomo II, fol. 41, n.º 1.

a la rotura del hocico 3,5 cm. Entre las astas hay dos series de finas incisiones angulares que convergen en el centro y llevan por debajo una faja de tres rectas horizontales. También el mango presenta a distancias regulares líneas paralelas que forman anillos a su alrededor. Por lo demás, en la cabeza de toro no hay más que dos depresiones por debajo de los cuernos y otras dos a los lados de la cara, donde debieran aparecer los ojos.

El otro mango (lam. V n.º 2) fué adquirido por Vives en una venta de antigüedades y su procedencia se desconoce, aunque el lugar puede suponerse no muy distante del de la pieza anterior tanto por su semejanza funcional como por su estilo (¹). Mide 25 cm. de longitud y 9 de ancho en el resalte central que sujetaba la base de la hoja. En este caso el mango se prolongaba sobre la hoja formando una montura que está incompleta. El extremo del mango es, como en el ejemplar anterior, una cabeza de toro esquemática, con la única particularidad de que los cuernos, cortos como los de un novillo, están rematados por bolas. También aquí encontramos incisiones ornamentales, simétricamente dispuestas. Pero lo más interesante para nuestro propósito es que en la prolongación del mango aparece una figurita plástica de bóvido en medio de dos ganchos coronados por esferitas y vueltos hacia la res, en una composición que recuerda vivamente a la de las barcas solares y que una vez más obliga a volver la vista hacia Italia, aunque, como siempre, reconociendo ese pertinaz retraso con que aparecen manifestaciones arcaicas en la Hispania céltica.

Estos dos mangos pertenecieron con suma probabilidad a cuchillos rituales. El primero tiene un peso muy superior a cuanto cabe calcular a simple vista; el segundo conserva una profunda ranura para insertar la hoja por su base y por el lomo. En vista

(¹) J. Camón Aznar, *Las artes y los pueblos de la España primitiva*, fig. 787, reproduce esta pieza en un conjunto de armas y bocados celtibéricos, y a ella se refiere J. M. Blázquez en *Emerita* XXV (1957) 181.

de que aquí el cuchillo lleva una figurita plástica del animal sacrificado entre lo que parecen los extremos de una barca o un equivalente de los cuernos de consagración, creemos que puede asegurarse que los bronceos del Valencia de Don Juan y de Castelo de Moreira son cuchillos votivos derivados de éstos y que acaso como ellos conmemoraban un sacrificio en un santuario o en una tumba. Más que una invención hispánica, es de suponer que estos cuchillos rituales pertenecen a una familia representada allende los Pirineos por algunos ejemplares de Latène III con el mango terminado en una cabecita de toro, a veces con los cuernos embolados como en el cuchillo que hemos examinado en último lugar (1). La fecha de estos objetos hispánicos ha de ser necesariamente tardía, pues no tenemos elemento alguno para suponer la existencia de una plástica tan desarrollada, dentro del área castreña, en fechas anteriores a la de la expedición de Bruto. El cuchillo del Valencia de Don Juan muestra un arte tan desarrollado, que entre todos los bronceos ibéricos conocidos no hay una cabeza de toro tan perfecta como la que le sirve de remate.

Ciertamente no son los tiempos avanzados de Latène los primeros en que la cabeza de toro sirve de remate o de adorno a objetos relacionados con el culto. En el ambiente itálico y hallstático se encuentran desde muy temprano cabezas de toro semejantes, e incluso con los cuernos terminados en bolas y con figuritas plásticas en su prolongación. Hay un grupo de vasos de bronce, del que reproducimos aquí un asa, de Bisenzio, que precisamente encierran elementos similares a los que aparecen en este grupo de cuchillos. Tal coincidencia tiene más peso por la presencia de estos vasos en yacimientos celtibéricos. Los reproducidos en la lám. VI proceden de Monte Bernorio y se conservan en el Museo de Burgos; otros varios se guardan en la Academia de la Historia y en las vitrinas de bronceos del

(1) Déchelette, *Manuel*. IV, 872, fig. 600.

Museo Arqueológico Nacional (1). Los vasos a que nos referimos pertenecen en su mayoría al Hallstatt avanzado. Von Merhart (2) mantiene que con los actuales elementos de juicio puede asegurarse que su origen es danubiano y que Italia fué sólo un foco de segundo orden. Comoquiera que en Italia se añaden a la cabeza de toro figuritas plásticas

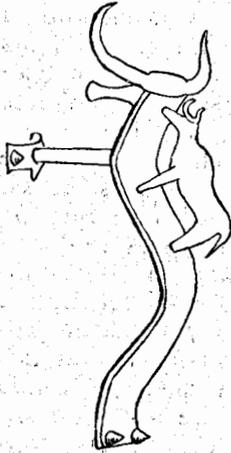


Fig. 3 — Asa de un jarro de bronce de Bisenzio

como las que encontramos en los bronce hispánicos, la coincidencia sólo puede obedecer a un fenómeno lógico de convergencia. Italia en fecha muy remota y la Península en fecha reciente enriquecen las formas hallstáticas con elementos tomados de la cultura mediterránea, lo que en ocasiones les da un aspecto similar, sin que por eso quepa admitir una relación de dependencia mutua. Como puramente casual ha de explicarse, por tanto, la semejanza entre el asa de Bisenzio (fig. 3), del siglo VII, con estos tardíos cuchillos hispánicos, cuya fecha ignoramos, pero que nunca podremos hacer remontar a semejante altura.

Señalar estos paralelismos y convergencias no equivale en modo alguno a reducir el mérito y, menos aun, la originalidad de los bronce hispánicos. Precisamente conviene poner de relieve, como aspecto complementario, su relación con los exvotos ibéricos, muy visible en la

(1) No han de confundirse con éstas las cabecitas de toro adheridas a calderos romanos. El tipo característico es el de una cabeza estudiada por W. Watson en *Antiq. Journ.* 29 (1949) 37 ss. y de él existen varios ejemplares en Madrid, reproducidos en dibujos de Pinho, op. cit., en p. 505 nota 4, lám. I, n.º 12, 13, 14.

(2) Von Merhart, op. cit., 22 ss. con mapa de su distribución.

concepción de la figura animal y humana en estos bronces, como ya Obermaier subrayó en su estudio de la pieza más notable de las hasta ahora conocidas. El carrito de Costa Figueira y el guerrero salmantino dado a conocer por Maluquer constituyen en este sentido fenómenos paralelos (1).

Maluquer ha destacado, con razón, el carácter colectivo que tienen los exvotos célticos, a diferencia de los ibéricos, que siempre parecen la ofrenda de un solo individuo (2). Es la misma nota que dan los textos cuando nos hablan de los sacrificios de los pueblos del oeste y del norte de la Península. Varios textos nos hablan directamente de sacrificios humanos y animales y de prácticas adivinatorias que se hacían según un ritual muy semejante al de las Galias. Nuestra fuente principal son dos pasajes de Strabón muy conocidos y fundados ambos en relatos de Poseidonio: «Los lusitanos son muy dados a los sacrificios. Examinan los intestinos sin sacarlos del cuerpo. Miran también las venas del pecho y vaticinan palpándolas. También hacen augurios con las entrañas de los prisioneros, que cubren con capas. Cuando la víctima cae por mano del sacerdote hacen un primer vaticinio por el modo de caer. Cortan las manos de los cautivos y dedican la diestra a su divinidad» (Strab. III, 3, 6). Siempre ha llamado la atención la semejanza de este pasaje con otro que Poseidonio había dedicado a la religión gala: «Consultan a adivinos singularmente estimados entre ellos, que predicen el porvenir por el vuelo de los pájaros o por la observación de las víctimas sacrificadas... Inmolan un hombre clavándole la espada encima del diafragma y anuncian el porvenir por la forma en que ha caído, por las convulsiones del moribundo y por el modo como la sangre mana, pronósticos a los que ellos dan fe» (Poseid. apud Diod. V, 31). La coincidencia es aun mayor cuando se traen a colación los versos de Silio Itálico (3, 344 s.): *Fibrarum et*

(1) Maluquer en *Rev. Guim.* LXII (1952) 233 ss.

(2) Maluquer, op. cit., 242; J. M. Blázquez en *Zephyrus* VI (1945) 49.

pennae divinarumque sagacem / flammaram misit dives Callaecia pubem. Según este último testimonio, los galaicos practicaban la adivinación en las tres facetas características de la mántica etrusco-romana en su fase antigua: examen de las partes del hígado (*fibrae*), que se creían íntimamente relacionadas con el destino del hombre; observación del rayo; interpretación del vuelo de los pájaros (*augurium*). Es curioso que Silio no se refiera a sacrificios humanos, pues *fibrae* sólo puede aplicarse a hígados de animales, y como advierte Bleiching, dado el carácter del escritor, no hubiera omitido ese dato impresionante, si hubiera tenido noticias de él (1). Incluso el comienzo de verso *fibrarum et*, recuerda demasiado a Lucano (l, 592) para pensar en pura coincidencia: *fulminis eductus motus venasque calentes / fibrarum et montus errantes in aere pinnae*. Aunque esto no quita todo el valor informativo al texto de Silio, hace sospechar que el poeta, fundado en informes verbales sobre la práctica galaica de examinar las vísceras (nótese que Strabón no habla del hígado, sino de los intestinos) se dejó arrastrar en lo demás por los tópicos de la poesía romana, como este pasaje de Virgilio (Aen. X, 175): «*tertius ille hominum divumque interpret Asilas, / cui pecudum fibrae, caeli cui sidera parent / et linguae volucrum et praesagi fulminis ignes*». Desgraciadamente San Martín Dumiense es demasiado tardío y, en su célebre sermón, demasiado propenso a cultas generalidades para que en este punto posea validez su testimonio (2).

El segundo de los referidos pasajes de Strabón es, si cabe, aun más importante: «Sacrifican el macho cabrió en honor de Ares, y también prisioneros y caballos. Hacen hecatombes de cada especie como los griegos o, para decirlo como Píndaro,

(1) F. Bleiching, *Spanische Landes- und Volkskunde bei Silius Italicus*, Diss. Erlangen 1928, pág. 25.

(2) *De correct. rust.* 16: *Divinationes et auguria...* y, más adelante, *alia diaboli signa per avicellos... adtendere*. Testimonios de otras posibles generalizaciones, en C. W. Barlow, *Martini Episcopi Bracarensis Opera Omnia*, New Haven 1950, en las notas al texto.

sacrifican todo un centenar» (Strab. III, 3, 7). Es lástima que la única deidad que puede referirse a la religión del Noroeste no contaminada aún por la romana, aparezca con un nombre griego y, todo lo más, nos permita suponer que era un dios de la guerra, sin que al mismo tiempo podamos relacionarlo con los muchos nombres de dioses indígenas que nos regala la epigrafía. Porque siempre nos cabrá la duda de que en este importante pasaje se encierre una equiparación tan banal como la de César (B. G. VI, 17) cuando nos dice que los dioses galos eran casi como los de cualquier pueblo, es decir, como los del pueblo romano, que es lo que claramente se indica: *de his eandem fere quam reliquae gentes habent opinionem*. ¿Quién podría imaginar que el *fere* subsana diferencias como los dioses tricéfalos o los santuarios adornados con cabezas humanas? Precisamente Thevenot ha subrayado, con los comentarios que se merece, la gran inexactitud con que César trata de la religión gala (1). Por lo que se deduce de los epígrafes romanos, este Ares citado por Strabón era el dios del cielo indoeuropeo, vinculado probablemente a ciertos montes como el Teleno, y que desde la conquista romana fué equiparado unas veces con Marte y otras con Júpiter. Por muy tentador que sea suponer que uno de sus nombres indígenas era Cosus, no cabe por ahora más que apuntar tal posibilidad (2).

Por lo que se refiere a los sacrificios en sí, Strabón nos dice que las víctimas eran machos cabríos, prisioneros y caballos, pero que además se hacían hecatombes de cada especie, como las de los griegos. Esto último está dicho con un adverbio—*ἑλληνικῶς*—, que, como de costumbre, pretende subrayar las concomitancias de los pueblos que se describen con aquello que es familiar al lector griego. Por tanto, la expresión no arroja luz alguna sobre el modo en que se hacían los sacrificios, ya que

(1) E. Thevenot, *Sur les traces des Mars celtiques*, 7 ss.

(2) Sobre este problema y en general sobre la religión del Noroeste, Cuevillas, *La civilización céltica en Galicia*, 394 ss.

tampoco las hecatombes griegas presentaban ningún rasgo especial, como no fuera la pluralidad de las víctimas. A propósito de esto conviene recordar, para que no se hagan deducciones sobre el número de animales sacrificados, que a pesar de la cita de Píndaro, la palabra hecatombe posee en griego una gran elasticidad. Ciertamente en su origen significa sacrificio de cien bueyes, pero desde muy pronto se aplica también al sacrificio de cualquier otra especie animal y en cualquier número, e incluso a la inmolación de bestias de distintas especies. Una inscripción milésica denomina hecatombe al sacrificio de tres animales, lo que en sentido estricto sería una *trittoa* (1) Queremos decir con todo esto que un griego podría muy bien llamar hecatombes a los sacrificios representados en los broncees que aquí se estudian.

En rigor debiéramos terminar con esta última observación, que agota las deducciones fundadas en datos arqueológicos encadenados entre sí. Ya en el terreno de la fantasía, cabría suponer que estos sacrificios de varias especies de animales, acompañados de sus crías en el exvoto del Valencia de Don Juan, estaban dedicados a esa deidad masculina que Strabón llama Ares y que tal vez tenía, como el Marte galo, la potestad de conceder la salud o la fecundidad. La presencia de una cabeza de toro sugiere, por otra parte, su dedicación a un dios-toro del que existen abundantes testimonios en el área celtibérica. Altheim ha escrito un sugestivo capítulo en el que el culto a este dios-toro aparece como un fenómeno mediterráneo de origen oriental que estaba ya declinando cuando los países mediterráneos pasan de la prehistoria a la historia, un culto que comienza a perder terreno cuando los indoeuropeos llevan a los países del sur el amor al caballo y la unión de éste con ideas religiosas (2). El citado pasaje de Strabón revela que los pueblos del noroeste sacri-

(1) R-E s. v. *Ἑκατόμβη* (Stengel).

(2) Altheim, *Römische Religionsgeschichte*, 30 s.

ficaban ya caballos como víctima grata al Ares céltico. Apurando aun más las conjeturas, podría suponerse que, por lo menos en ciertas comarcas, se concebía aún a este dios asociado con el toro y que como tal habría que interpretar no sólo al Vestio Alonico del Museo de Pontevedra (1), sino también una estatuilla de bronce encontrada, según Reinach, «près des Pyrénées» y conservada en el Museo Arqueológico Nacional (2) Este Marte presenta la particularidad de llevar un gran toro en la coraza y tres cuernos de este animal en el casco (Fig. 4).

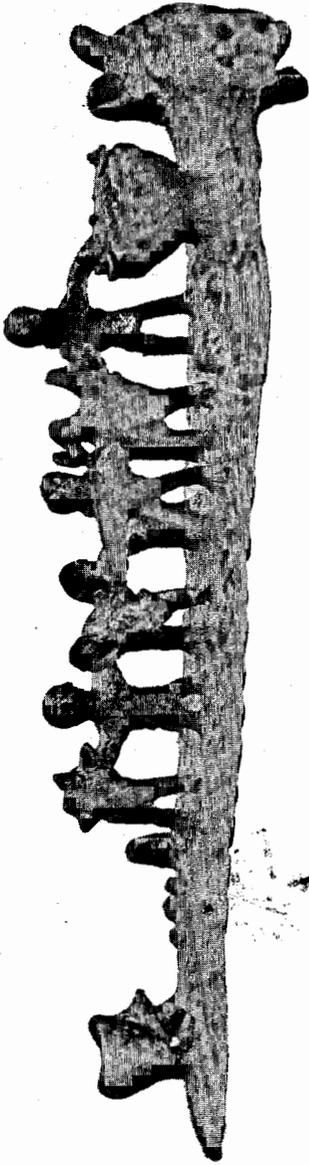


Fig. 4—*Bronce romano representando a Marte como dios-toro. Procede probablemente del norte de la Península.*

(Madrid, Museo Arq. Nacional).

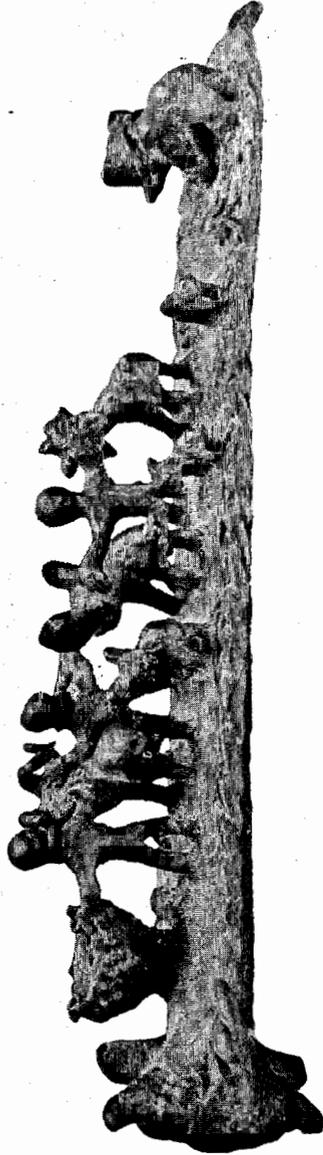
(1) Bouza Brey en *AEArq* XIX (1946) 110 ss.; Cuevillas, en *CEG* XIX (1951) 193 s.

(2) Hübner, *Die antiken Bildwerke in Madrid*, n.º 432; S. Reinach, *Catalogue Illust. St.-Germain*, 168 fig. 81; Thouvenot, *Cat. bronzes M. A. Madrid*, 16, n.º 33. La estatuilla, de 13,5 cm. de altura, representa a Marte según el tipo de la famosa estatua del Capitolino, procedente del templo de Mars Ultor.



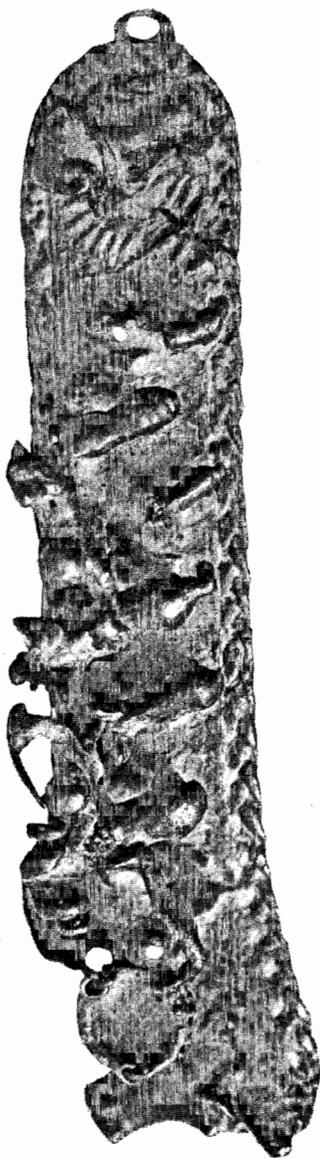
1 — Puñal votivo. Madrid. Instituto de Valencia de Don Juan.

(Long. 16,4 cm.)

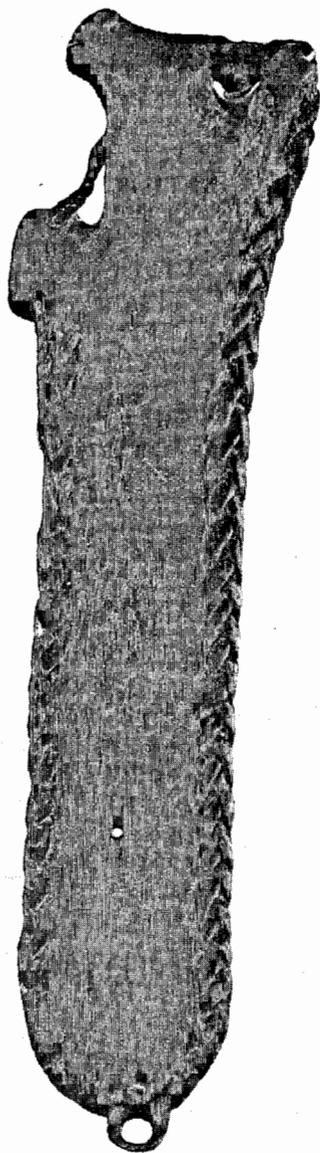


2 — Vista posterior del mismo.

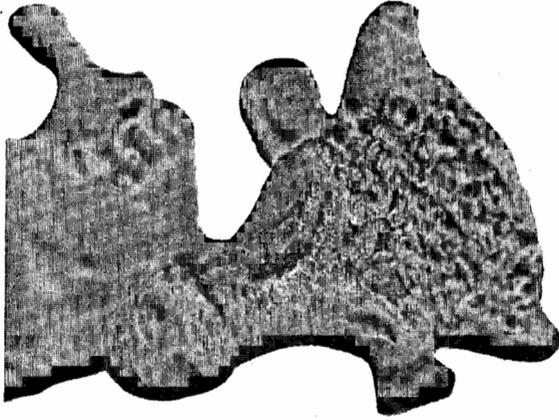
LAM. II



4 — Vista superior



3 — Puñal votivo del Inst. de Valencia de Don Juan. Reverso.



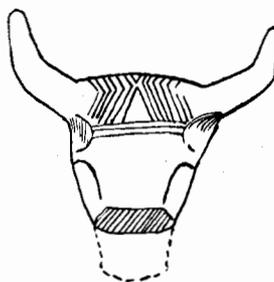
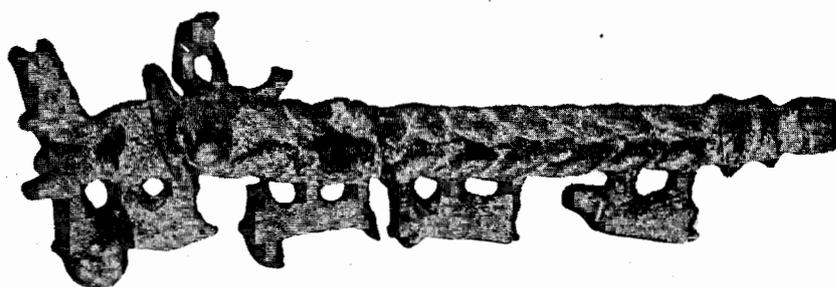
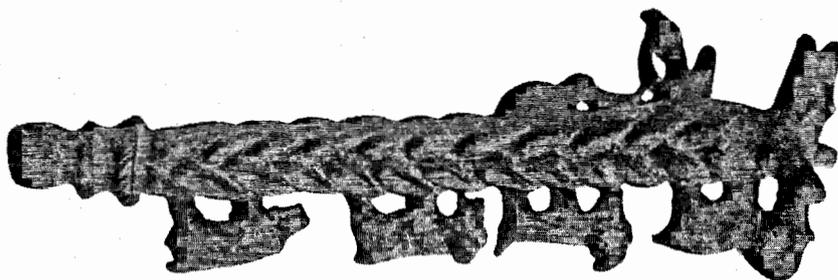
5 — *La cabecita de toro, detalle del mismo exvoto.*



6 — *Detalle de la parte anterior.*

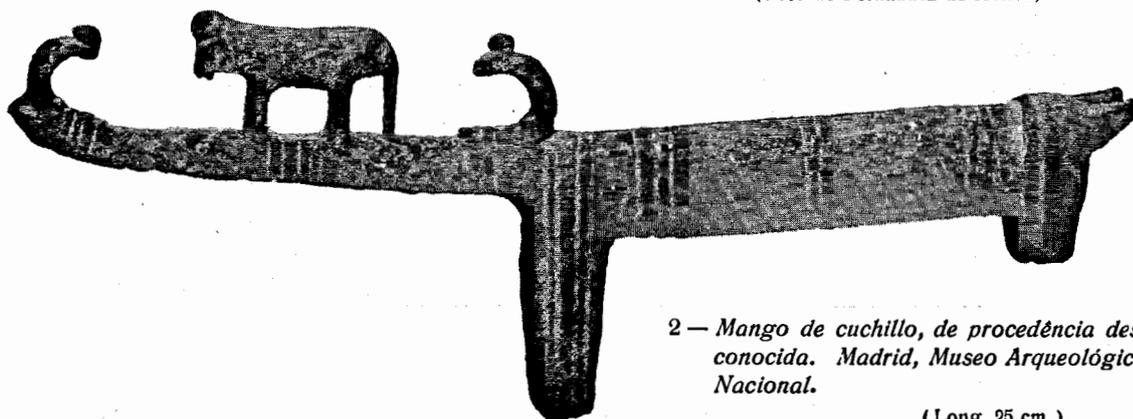
(Long. 11 cm.)

Exvoto de Castelo de Moreira (Celorico de Basto), Portugal.



1 — *Mango de cuchillo, de Palencia, y detalle del mismo. Bronce y hierro. Madrid, Museo Arqueológico Nacional. (Long. 14 cm.)*

(Foto de Fernández de Avilés)



2 — *Mango de cuchillo, de procedência desconocida. Madrid, Museo Arqueológico Nacional.*

(Long. 25 cm.)